

UNA HORA HISTÓRICA

# CATALUÑA, RICA Y PLENA

POR

Marcelino Domingo

CATALUÑA es el trozo de España que ha sabido y sabe vivir su hora histórica. La guerra avivó en unos pueblos el deseo de extenderse; en otros, la necesidad de conservar su independencia. La paz ha avivado en todos el afán de edificarse o de reedificarse. Aquellos pueblos que mantenían por disciplina política aherrojada su personalidad están reconquistándola ahora. Los futuros Estados que nazcan de la actual inquietud renovada tendrán una estructura orgánica, absolutamente distinta a la que tenían antes de la contienda bélica. Unos Estados serán más extensos, incorporando territorios que vivían anexionados indebidamente a otros Estados; otros Estados serán menos extensos por haberse visto forzados a abandonar territorios que no les pertenecían. Todos tendrán una vida más intensa.

Cataluña ha sentido que España no puede llegar al fin de esta hora histórica sin haber resuelto su problema constituyente. ¿Da la nación española al Estado español todo lo que una Nación debe dar a su Estado? ¿Se siente la Nación bien representada por el Estado? ¿Realiza el Estado toda la obra que la Nación necesita? No. Y esta negación rotunda está en el corazón de todo español. Ahora que hay español que se resigna a seguir viviendo como vivía; hay español que no se resigna a morir en España y emigra, y hay español, por último, que decide vivir en España; poniendo su alma en la obra de dar un Estado conforme a los intereses y las idealidades y a la modalidad de la Nación. Este español, descontento y activo, es el catalán.

BARCELONA, CEREBRO Y CORAZÓN

CATALUÑA vive con fe esta hora histórica. El espectáculo de Barcelona estos días pasados y la Asamblea que ha tenido su apoteosis con la reunión de todos los municipios catalanes, es una prueba de ello. Barcelona no ha sido esta vez solamente el cerebro; ha sido el cerebro y el corazón. Las Ramblas son el pulso de la ciudad. Por ellas transcurren los viejos y los mozos, las mujeres y los hombres, las menestralas y las señoritas, con el lazo de las cuatro barras en el pecho. Hay quien lleva la bandera de las cuatro barras como corbata; hay quien la usa como cinta del sombrero; hay quien la emplea como cadena del reloj. La bandera de las cuatro barras colócase en lugar donde sea más posible su distinción.

En otra época, este distintivo significaría fe, convencimiento íntimo, pasión. En esta época, además de todo esto, significa coraje. Porque la policía y la guardia civil y muchos oficiales del ejército, andan por las Ramblas con un único propósito: con el de arrancar estas banderas catalanas; con el propósito de atropellar a quienes la ostentan. Y este propósito lo han llevado y lo están llevando a trágica realidad. Todas las noches conviértense las Ramblas en campo de batalla. Por el sólo hecho de gritar

«¡visca Catalunya!», embisten contra quienes lo han lanzado. Y hay muertos. Y hay heridos. ¿Qué no harán que el Sr. Cambó en la penúltima sesión de la Asamblea llegó a decir que nunca las tropas de ocupación en un país enemigo se habían conducido tan despiadadamente con aquéllos que legítimamente lo habitaban? Pues, apesar de la irritación de estas tropas, las banderas y los lazos no disminuyen. Al contrario: las llevan los niños, las llevan los ancianos, las lleva toda Barcelona.

## LA CONSTITUCIÓN DEL NUEVO ESTADO CATALÁN

EL Estatuto de Cataluña es un documento sereno. No es el documento de una Asamblea que quiere flamear un banderín político.

No. Es la Constitución de un pueblo que quiere regir su vida. ¿Será aprobado por el

Parlamento? Si lo es, Cataluña dentro de la normalidad acomodará sus instituciones al nuevo régimen. Si no lo es, Cataluña, fuera de la normalidad, hará efectiva su soberanía.

Porque detrás de los parlamentarios, están todos los Ayuntamientos. Y estos Ayuntamientos, brazo ejecutor de las órdenes del Gobierno, tienen entre otras misiones el cobrar tributos, el realizar las operaciones de reclutamiento... A todo ello pueden negarse. Los Ayuntamientos dejarán de reconocer la autoridad del gobernador para no acatar otras disposiciones que las que procedan del Poder ejecutivo que ellos mismos han constituido.

«Sea esta la última embajada que vaya a Madrid», ha dicho en la Asamblea el alcalde de Lérida hablando en nombre de todos los Ayuntamientos de Cataluña. Sea esta la última embajada que vaya a Madrid. Sea esta la última Asamblea que se celebre. «Mandadnos», ha seguido diciendo. Y había en estas palabras un asentimiento unánime. Cataluña —en resumen— siente la hora histórica que vive. Siente la hora histórica que deberían vivir todos los pueblos. Por ello tendrá la autonomía. La tendrá. La tendrá. Su decisión esta tomada. Mediten los que aun tienen medios de dialogar con ella la decisión que también toman.

# EL ORDEN Y LA MONARQUÍA

POR

Miguel de Unamuno

CUANDO escribimos esto, hoy día 24 de Enero, no cabe predecir qué resultado de primera apariencia tendrá la intentona de restauración monárquica brigantina en Portugal. A la larga, no hace falta echársela de profeta para augurar que sus frutos serán tan amargos como los de los otros cambios de postura política de la nación vecina. Y si el desgraciado Don Manuel llega a volver a sentarse en el trono de sus mayores quedará expuesto al sino de su padre, de su hermano mayor y de Sidonio Paes. Es la terrible némesis histórica.

Lo que nos parece una locura es pretender restaurar la monarquía. Y una locura por parte de los conservadores, y aun reaccionarios, por parte de los hombres sedicentes de orden de Portugal. ¡Si fuéramos uno de ellos...!

Durante la guerra, un agudo publicista nuestro —queremos recordar que fué Pérez de Ayala— propuso que los antigermanófilos nos sorteáramos, para dedicarse algunos a defender, por vía de polémica, la germanofilia y el germanismo, para que así los alemanes pudiesen luego no juzgar a los españoles con el desprecio con que nos juzgarán cuando se enteren de cómo se defendió aquí la causa del Kaiser y de la kultura. Yo me ofrecí entonces a hacer de germanófilo hipotético, al modo que en las academias de los seminarios conciliares y de las órdenes religiosas hace uno de arriano, de maniqueo, de calvinista o de pan-teísta. Y ahora me entran ganas de hacer de hombre de orden portugués, de lusitano de la extrema derecha. Y diría...

Diría que no hay torpeza mayor que unir la

causa del orden —del orden de la plutocracia del orden de los conservadores y tradicionalistas— a la monarquía. Diría que los hombres de orden, si es que cuentan con dominar al sufragio, es decir, con la mayoría de la opinión pública, consiguen mejor sus fines en una república que no en una monarquía, y si no cuentan con la mayoría del sufragio más peligrosos corren en una monarquía que no en una república. Porque en una monarquía no caben ciertos cambios y reformas sin revolución.

¿De dónde se saca, ni en Portugal ni en otra parte, alguna que la monarquía garantice mejor el orden, aunque sea el orden de los conservadores, basado en privilegio, injusticia y, lo que es peor, secreto, que lo garantiza una república, sobre todo si ésta es conservadora? Hay repúblicas reaccionarias y hasta inquisitoriales y en éstas están el despotismo y el privilegio tan sostenidos como en una monarquía, mayor aún.

Un rey no lleva, por lo común, a su lado ni al más liberal de sus servidores cuando teme al pueblo, a la *chusma encanallada*, ni llama al más conservador cuando teme a las clases que se llaman superiores, a la plutocracia o a la clase avanzada, sino que suele llamar a los más abyectos, a los que no le contradicen, a los que acatan sus pretensiones de propia suficiencia, a los que se doblegan a sus caprichos y a sus intemperancias, a los que refrendan, sin discutirlos y acaso sin conocerlos de antemano, las ocurrencias que le pasan por el magín después de consultarlo con cualquier consejero —o consejera— privado y secreto, con cual-

## ESPAÑA, TIERRA DE PASO

POR

Luis Bello

quier valido de tanda o con los camaradas de tertulia o de siete y media. Esto hace un rey que se sienta rey sin cortapisa y que se chifle en la Constitución, si es que aparece como constitucional.

Un rey así llamará al más revolucionario, al más demagógico, al más radical, al más bolcheviki, con tal de que satisfaga las personales pretensiones suyas. El orden de los conservadores —de lo ajeno— el orden de las personas que se llaman de orden, no es el orden de un rey. Si un rey creyese que podía seguir siéndolo en un régimen comunista y después de haber desposeído de sus propiedades a los propietarios todos, provocaría el comunismo. Los reyes que se sienten tales carecen de patriotismo. Para ellos patriotismo quiere decir lealtad, pero lealtad de los súbditos a ellos y no de ellos a los súbditos. No saben lo que quiere decir lealtad del soberano. A lo sumo, hablan de sus deberes para con el trono y de su lealtad... a sus mayores, a la tradición del linaje, al pasado.

¿Por qué, pues, esa ceguera, en Portugal y fuera de él, de unir la causa que llaman del orden a la de la monarquía? Ello no puede provenir sino de que esas gentes que se dicen de orden saben que están en minoría. Y ni aun así...

No, no podemos explicarnos esa ceguera. Ceguera para su propia causa, ¿eh?, que, por lo demás, esa ceguera no hace más que favorecer a los que tratan de establecer, aunque sea por el desorden, la justicia popular y el fin del régimen despótico.

Todo el fracaso del maurismo en España —fracaso de que, por lo demás, nos regocijamos— se debe a haberse empeñado los mauristas en seguir siendo dinásticos. Si Maura llega en un momento, hace ocho años, a alzar, franca y resueltamente, bandera contra su rey, tal vez a estas horas tendríamos en España una república maurista, que no podría ser peor que la monarquía que tenemos, por malo que fuese.

Claro está que los que se proclaman monárquicos por amor, según dicen, al orden, ni son monárquicos ni cosa que lo valga, pero son los que sostienen, como a clave de bóveda de su fábrica, al monarca. Y cuando un monárquico de esos al deciros: «a mí no me asusta la república, pero si ella viene, ¿quiénes nos gobernarán?» le respondéis: «¡vosotros mismos, si lo queréis de veras!» no se convence. Y con razón. ¿Por qué? ¿Por qué las clientelas y las taifas políticas, cuyos jefes hace de hecho el rey al darles con la llamada a presidir sus Consejos de ministros y con el regalo del decreto de disolución de Cortes, la jefatura; por qué las clientelas y las taifas que acaudillan esos cancilleres abyectos, viles encubridores de los despóticos caprichos de su amo y señor; por qué esas cáfila de logreros y de vanidosos no confían en poder llevar al poder en una república, con sus artes de electorería picaresca, a esos mismos, sus cabecillas de banda?

Es lo que nos falta por ver. Pues acaso no anden tan errados como suponemos en Portugal y fuera de él esos que se dicen a sí mismos gentes de orden. Pues los que de veras lo son no suelen saber a qué atenerse. El hombre de verdadero orden, como no discurre, se somete a todo. Es el resignado, el borrego expiatorio.

Miguel de Unamuno

**H**ABLAN dos compatriotas, el hombre práctico y el otro. Van en un departamento del sleeping. Han comido a bordo y continúan la sobremesa fumando un cigarro y hablando de España. Sabido es que la agitación del tren favorece las conversaciones sobre grandes negocios.

*El hombre práctico.*—Sí. Aquí se ha hecho bastante desde que empezó la guerra. No crea usted que hemos perdido el tiempo. Ha faltado un plan, un criterio fijo en el gobierno para aprovecharse de las circunstancias. Se ha cambiado varias veces de dirección. Pero, aún así... Los negocios han marchado muy bien. Además de los navieros, los fabricantes de tejidos, exportadores oficiales, ganaderos, carboneros, trigueros... no puede usted imaginarse la cantidad de gente que se ha hecho rica. Créame. La guerra nos ha venido bien y España se ha echado unas medias suelas.

*El otro.*—¡Lástima no haber tomado partido!

*El hombre práctico.*—¡Quí! Eso hubiera sido lo peor. ¡Menudo jateo! Estaríamos ahora como los demás, bizmánndonos las costillas y buscando el modo de resolver cien problemas que no tenemos hoy. ¡Imagine usted el regreso a España de un ejército vencedor! Aunque hubiera hecho papel semejante al de Portugal, ¡qué de cruces, de ascensos, de pensiones!... Luego, las juntas de defensa se convertirían en juntas de ataque, porque no habría medio de complacer a tanto héroe y cargarían sobre nosotros con bombas de mano. Las subsistencias estarían a precios ruinosos... Pero, ¿qué digo? Esto sería lo mejor. Probablemente no hubiéramos podido empezar la guerra porque la opinión se negaba; pero de empezarla, tenga usted la seguridad de que no la hubiéramos acabado. El ejemplo de Rusia dice bastante para saber lo que son las guerras modernas en naciones pobres y mal gobernadas.

*El otro.*—De todos modos; hasta por el lado práctico que es el que le interesa usted...

*El hombre práctico.*—...Y a todos.

*El otro.*—No, a mí, no. Pero, hasta por el lado práctico, yo veo que los aliados han vencido y que ahora nuestros problemas serían tanto como problemas suyos y nos ayudarían a resolverlos por un deber espiritual de gratitud.

*El hombre práctico.*—¡Sí, sí! ¡Vea usted Portugal!

*El otro.*—Portugal saldrá adelante, a pesar de los monárquicos y de los malos republicanos. Juntos, ahora en el grupo de los pueblos occidentales, unidas por la geografía y por la guerra, España y Portugal tendrían un destino común. Lo que aquí ha faltado no ha sido un criterio fijo en la política de exportación, sino buena fe y decisión desde el primer día en la política internacional.

*El hombre práctico.*—¿Buena fe en la política? ¿Pero usted no sabe que la política interna-

cional es un negocio y que en los negocios pierde el que va de buena fe?

*El otro.*—Creo lo contrario.

*El hombre práctico.*—Sí. Se habrá usted dejado embaucar por esa idea de que ahora ya es lo mejor proceder a cara descubierta. «Nada de tratados secretos; nada de segundas intenciones...» ¡Historias! Puede que en vista del fracaso de la diplomacia, se procure ahora prescindir de los diplomáticos, conservándolos como las pelucas y las carrozas de respeto; tratar, de palabra, los políticos y no dejar papeles que puedan comprometer el día de mañana. Pero siempre que dos hombres traten sobre una cosa el uno engañará al otro, y siempre que dos pueblos negocien un interés dominará el más fuerte o el más hábil, y la habilidad consistirá, llámese como se llame, en engañar. Yo, lo que veo, es que, sin entrar en la guerra, bien o mal, vamos viviendo, y que si hubiéramos entrado, probablemente habría estallado aquí la revolución.

*El otro.*—Y estallará, de todos modos.

*El hombre práctico.*—¿Lo dice usted por la propaganda sindicalista y bolcheviki? Sí. Ese es un peligro serio entre los obreros del campo. Lo sé por los propietarios andaluces que ya no son intransigentes y buscan la manera de repartir tierras entre los jornaleros. Ese es un mal que tiene raíces muy antiguas. Ocurre con el campo andaluz lo que con las fábricas barcelonesas. Vienen desarrollándose hace tiempo gérmenes que aprovechan todas las ocasiones para hacer daño. Pero yo creo que transigiendo en lo que sea de razón se les podrá aislar. Luego hay una cosa que en el mundo de los negocios no ignora nadie. Europa tiene interés en que aquí no pase nada. Créame usted. Las naciones valen por lo que producen y no por la política que hacen sus gobernantes. España tenía hierro, plomo, cobre, vino, hortalizas, granos, frutas, conservas... ¡Eso, eso, es lo que ha hecho que nos respeten durante los cuatro años de neutralidad! ¿Lo ha perdido ahora? No, señor. Ni lo perderá nunca. Al contrario. Pues nosotros seguiremos valiéndonos de lo que vale nuestro cobre, nuestro hierro, nuestras frutas...

*El otro.*—También pueden irse a buscarlas a otra parte.

*El hombre práctico.*—Que vayan. Acabarán por volver aquí. Pero además hay una razón importante para creer que empieza una época de grandeza económica para España. ¿Usted no ha oído hablar de las comunicaciones directas Londres, París, Algeciras, Marruecos; del ferrocarril a Dakar; de las líneas rápidas Vigo-New York... España va a ser el camino obligado del comercio entre Europa y Africa. Pasarán los viajeros; pasará el oro; pasará la civilización...

*El otro.*—Y ¿dejarán algo? Yo he visto las aves emigrantes que cruzan también el estrecho... ¿No irá también de paso la civilización?

*El hombre práctico.*—Las aves no pagan de-